

VENEZUELA Y EL ARCA

1

El cielo se rasgó en un golpe de luz: sonido crepitante; chispas. Me pareció atisbar que sobre la montaña se lanzaba una centella.

Cuando abro los ojos en la mañana, agobiado por el sonido tumultuoso de la lluvia, pienso en una narración que se inicie con ese estallido. Una novela breve en la que fluyan ironizadas, intervenidas y mezcladas las retóricas del Nuevo Ideal Bolivariano; una especie de fiesta patrioterica en la que junto a la maleza, la euforia borre todo vestigio, toda señal, todo rasgo de vida inteligente, toda escritura anterior.

Miro por el balcón la pared de agua. Hoy es el primer día de la República Bolivariana; ¿será este diluvio una señal que nos niega?: el Nuevo Ideal construirá un arca donde sólo se salvarán los elegidos (perdón, ¿no es Esther quién ha dicho esto? ¿será que la escritura comienza como una apropiación del lenguaje conyugal?). Medito sobre quienes integrarán esa lista: nacionalistas de bandera en mano; militares salvadores; cantantes de música llanera; boinas rojas; conversos al estalinismo; el grupo de sombras que días atrás rompió los faros de varios carros que llevaban la calcomanía del NO; lectores de Martha Harnecker; fascistas criollos; las voces anónimas y gruesas que llamaban de madrugada para amenazar de muerte a un escritor que se ha atrevido a pronunciarse contra la Revolución salvadora.

(La noche anterior, cuando ebrio de euforia por su triunfo en el referéndum constitucional, el gobierno no quiere percatarse de la tragedia, escucho al Presidente de Venezuela atacar a los intelectuales que no lo siguen. Recuerdo a Millán Astray gritando en Salamanca para aplastar a Unamuno: MUERA LA INTELIGENCIA. VIVA LA MUERTE. ¿Cuánta distancia hay entre unas frases y otras?).

* Juan Carlos Méndez Guédez (Barquisimeto, Venezuela, 1967) Autor de las novelas *Retrato de Abel con isla Volcánica al Fondo* (Edic. Troya, Caracas, 1997; Edic. La Calle de la Costa, Santa Cruz de Tenerife, 1998) y *El Libro de Esther* (Edic. Lengua de Trapo, Madrid, 1999), próximamente la Colección Calembé (Cádiz, España) editará su volumen de cuentos *La ciudad de arena*.

Me preparo para salir a Bellas Artes. Suena el teléfono. Un amigo me dice que encienda la televisión. San Bernardino está inundada; en la pantalla un carro es devorado por una corriente, comienza a girar.

2

En pocas horas el país es una inmensa urna de agua; un naufragio; una isla.

Pienso en Sartre ¿Un libro jamás salvará a un niño? ¿Un libro salvará a un país inundado? ¿Un libro? ¿Un país a la deriva? ¿Un libro sobre un país? Las imágenes se superponen: Vargas sepultado en el barro; Los Anaucos; Blandín; Miranda; casas derruidas; seres que irrumpen con desesperación en medio de las aguas; el Avila abierto en arañazos rojos.

Junto a la casa, se escucha el rumor creciente del agua. La montaña es una ola detenida, una amenaza que viste de verde nuestra sombra.

La muerte camina con su boca maloliente a dos kilómetros. La muerte. Tan cerca.

A un lado de nosotros, la delgadísima vena de agua crece, cruje, por primera vez en años arrastra un brazo de espuma.

3

En instantes así cualquiera es más útil, cualquiera es más necesario. Me imagino en una cola de voluntarios ofreciéndome como escritor. Me sonrojo. ¿Dónde los rescates? ¿Dónde los brazos extrayendo un cuerpo en medio de las aguas, curando una herida, entablillando un brazo? ¿Dónde las toxoides?

El día anterior en Bellas Artes compré un libro por 1500 bolívares. Mañana veré en las fotografías los kioscos arrasados por la quebrada Anauco.

El libro en mis manos: lo único que pude salvar del naufragio.

4

Pesadilla al pie del televisor blanco y negro donde dan una lista de desaparecidos: el Padrecito Patria; el Ubicuo; el Taita; el Supremo; el Dadivoso Comandante Chávez; ha ordenado que finalice la lluvia y que comience su fiesta de beatificación. Un grupo de soldados apunta sus

armas contra las nubes y dispara.

¿Me despierto?

¿Sale el sol?

5

La lluvia ya no es metáfora; no es símbolo; no es alegoría. Si hay en el futuro una novela sobre estos días la lluvia tendrá que ser una evidencia física; un dolor inaudible; una laceración; un perro hundiéndose su hocico en el barro, lamiendo una mano, halándola.

6

La corriente de agua junto a la casa comienza a aclararse, a disminuir. Bajo y compro alimentos para llevarlos a un Centro de acopio. El lugar está lleno de carros, de señoras con bolsas, de muchachas en motos.

Cerca de la calle se observa un camión amarillo con las calcomanías del Sí arrancadas a toda prisa. ¿Qué se hizo el Rey Don Juan, qué se hizo el Gobernador de Vargas; qué se hizo el Padrecito Patria, que se hicieron los mesías bolivarianos?

En la noche la televisión me abruma. El Supremo; El Ubicuo; el Padrecito Chávez; aprovecha la tragedia para hacer campaña política en medio de colchonetas; chancletas de cuero y huesos rotos.

Sólo un juego de béisbol con los damnificados podría superar esta sensación grotesca, esta vergüenza ajena; esta náusea.

7

Avanzamos en medio de una ciudad fantasmal. Agua detenida; escombros; noche penumbrosa, y un olor impreciso. ¿Entonces la muerte se parece a esto? (J. Miranda). Muy pocos carros circulan y las luces de los edificios permanecen apagadas. Cinco personas avanzamos hacia un centro de damnificados. Algunos hablan, fuman. Yo permanezco callado. No diré que soy escritor. Lo negaré. Fingiré un torpe silencio. Tu patria se ha aniquilado al fin; cruel cataclismo (J. Goytisoló). No diré nada. Seré una sombra pálida que se ofrecerá para cargar paquetes; para hacer llamadas de teléfono.

8

"...y de pronto apareció ella, la estatua de mis trasnochos: una muchacha joven -la muerte no la había marchitado por completo- enterrada hasta la cintura. Su pose tipo busto griego después del terremoto y la mutilación me hizo recordar cuán lejos está el Caribe del Egeo... La visión de La Guaira destrozada me hizo masticar un juramento: no he venido en plan de periodista, no he venido a buscar material para escribir, aquí sólo hace falta el hombre capaz de hacer cosas con sus manos. El hombre cumplió pero transcurrieron unos días más y el juramento quedó hecho trizas: los recuerdos y el espanto son capaces de pulverizar cualquier promesa ... y este pobre corazón tiene mucho que lidiar contra las millones de estatuas que verá en los parques, en las calles, en la tierra".

José Roberto Duque (escritor venezolano) en *Papel Literario*, *El Nacional*, 17-1-2000

9

Una sobreviviente le cuenta a mi esposa que una ola de barro la arrastró por unas escaleras. Allí veía deslizarse otros cuerpos, brazos, rostros, piernas. Veía neveras; lavadoras; carros, animales de ojos húmedos y aterrorizados. La mujer cerró los párpados y dejó de luchar, fue sólo un pedazo de corcho flotando, una madera, un trozo de isla.

"No sé por qué me salvé. No sé cómo me salvé", musita en voz muy baja.

Las anécdotas se reiteran. Entre el vivir y el morir sólo se interpone un gesto del azar: el filo de una pared; un remolino; una rama; una corriente.

10

Para los inmigrantes esa era la primera palabra del viaje. La Guaira.

La Guaira. Puerta, llave.

Allí en ese lugar ocurría el desembarco; las primeras imágenes; los primeros atisbos del miedo y la esperanza. Por eso no resulta extraño que Manuel Rivas tenga un cuento con un título tan explícito: "El Loro de La Guaira": una pequeña joya narrativa en la que un gallego relata con

humor y dulzura los desencuentros de su vida ("Luego íbamos a una plaza ... con una estatua de Simón Bolívar montado en un caballo enorme. Un país con una escultura así de grande, con un caballo tan bien hecho, debería marchar bien, pero en fin...").

Me aturde la evidencia de que ahora mismo puede afirmarse que Rivas escribe sobre un territorio inexistente. La Guaira se ha convertido en una palabra, en un espacio de ficción.

La lluvia ha mudado la antigua ciudad hasta transformarla en una toponimia fantástica.

La Guaira es Macondo, La Guaira es Santa María.

11

Porque es cierto; bajo la capa superior de cada gesto, de cada vocablo, de cada desolación, algo se desdobra, algo busca adherirse en la página, cobrar forma, repetirse, reiventarse, ser texto que palpita.

12

¿Podrá contarse en una novela de un país que durante 41 años o más ha irrespetado toda idea de sensatez; de respeto al ambiente; de criterio urbanístico; de cordura; sin caer en la crónica, sin caer en el panfleto, sin caer en el ecologismo frívolo, sin caer ... sin caer?

A lo mejor es suficiente con reseñar que a las dos de la tarde del 15 de diciembre, cuando ya Venezuela tenía diez días arropada por las lluvias, el Presidente citaba fuera de contexto y con absoluta ignorancia a Simón Bolívar para retar a la naturaleza y amenazar con someterla.

"Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca", dijo con voz segura mientras sus edecanes lo cubrían con las sombrillas del crepitante rumor del aguacero.

A sus espaldas, el cerro Ávila irrumpía atenazado entre nubes.

13

Pienso en un cuento de Ray Bradbury. La lluvia cae, cae, borra la materia, disuelve las formas, enloquece a los hombres que sienten el rumor del agua como una insistente tortura.

La lluvia deja de ser por unos días la sorpresa amable, un olor de piel reluciente, de transparencia, de plenitud.

La lluvia golpea, golpea, golpea.

14

Las tragedias nos superan, por eso son tragedias, porque frente a ellas no hay palabras posibles. Pero lo que ocurre después de ellas entra en el ámbito humano. Es sociología, es psicología, es historia universal de la infamia.

Hay denuncias de que a las colaboraciones privadas que enviaban empresas y particulares se les colocaban sellos que decían: "Presidente Chávez".

En Catia, un barrio popular de Caracas, la gente se organizó de manera espontánea y comenzó a preparar ayuda para las víctimas. Al día siguiente un grupo de dirigentes chavistas apareció rodeado de cámaras de t.v. y pretendió apropiarse de la conducción del proceso.

Mientras todavía no se había terminado de rescatar a los damnificados y los miles de cuerpos de las víctimas flotaban frescos en el mar, la Asamblea chavista destituyó funcionarios y nombró un Contralor, un Fiscal General, nombró miembros del Consejo Electoral, del Tribunal Supremo y hasta una parodia de cuerpo legislativo, donde sólo participan militantes del partido político (una especie de falange venezolana) que acompaña al Comandante en su tarea de salvación patria.

15

Explica Milán Kundera que le interesa en las novelas aquello que se proponen como ambición y que no llegan a alcanzar. Esa especie de camino señalado, de invitación, de tentativa imposible.

Recuerdo meses atrás una conversación con el novelista Javier Azpeitia. Me explicaba que la escritura era un ejercicio melancólico, pues finalizar una novela significaba verificar la imposibilidad de los deseos; ese territorio feroz donde se evidencia lo que la escritura propia ha podido abarcar, y donde resplandece como un fantasma lo que quiso atezar como proyecto.

No escribir esta novela de El Arca, no escribir la novela de estos días trágicos ¿será una forma

de dejar siempre abierta una posibilidad, un camino señalado? ¿o será una forma de la culpa, o del respeto, o de la incapacidad, o del miedo?

16

Y no quiero que este horror tenga rostros. Pero no dejo de mirar las listas, no dejo de escucharlas, de revisarlas. Está esa amiga que vive frente al Puerto, allí en esa casa, donde en noches ebrias Esther y yo veíamos amanecer el murmullo desgarrador y hermoso de los barcos. Y aquella familia de Macuto, en aquellos patios de la niñez donde la tarde y su sabor a cocada, donde la tarde y sus juegos de béisbol, donde la tarde y sus flechas.

Y miles y miles de nombres anónimos, miles de caras terrosas, adheridas a la televisión.

Pero que el horror tampoco tenga espacios. Así que no pensar en aquella primera playa; en aquellas olas; en aquella ciudad costera de todos los agostos; en aquel restaurant de los asopados; en aquellos rones en un malecón; en aquellos aviones tristísimos donde se marchaban todas las mujeres imposibles cuyo abrazo jamás supe alcanzar.

17

Durante estos días he recordado a San Juan de la Cruz. Me ocurre a veces, cuando el dolor deja de ser una metáfora y se convierte en materia tangible.

Lo imagino encerrado en aquella mínima celda, aplastado entre la sombra y la ausencia de aire. Nueve meses a solas con sus propios fantasmas. Nueve meses en los que componía sus canciones y las memorizaba como una forma de conjuro.

Palabras para sobrevivir. Palabras relumbrantes, palabras sonoras. Palabras para respirar.

Una forma de creación verbal que implica la salvación inmediata, cotidiana. Una mística terrenal que, ignoro si conducía al cielo católico, pero que aliviaba el espanto del encierro.

Quizás entonces se escribe para que el verbo tenga la hondura de la oración, su temblor leve, su destino íntimo y a un mismo tiempo trascendente (¿San Juan de la Cruz; oración; poema a solas?).

Dicho esto desde la desolación de este diciem-

bre lluvioso. Dicho esto desde la fragilidad de mi fe.

"En el principio moraba/ el Verbo y en Dios vivía/ en quien su felicidad/ infinita poseía./ El mismo Verbo Dios era/ que el principio se decía".

Un ¿escéptico? que intenta rezar poemas al pie del naufragio.

18

Un perro salta entre las aguas. Ladra desesperado. Un perro hunde su hocico en el barro; lame una mano huesuda, intenta halarla.

19

La ciudad siempre creció y vivió frente a la montaña.

El norte para cada uno de nosotros es siempre una montaña, una ballena azul, adormecida, que se transfigura con la luz: oro; canela; hierro; cuarzo; caoba; espuma; ébano.

La montaña es la ciudad en su transformación. Desde allí respiramos, desde allí elevamos la vista y nos proyectamos hacia el cielo.

El Ávila nos niega y nos complementa. Es el Dios tangible que nos abraza.

Al otro lado de la montaña ruge el mar: acogedor, intenso, espumoso. Es el sitio de las pieles desnudas, de los días de descanso, de los amigos con rostros color madera y ropas olorosas a yodo, de las paellas, de las cervezas heladas, de los abrazos furtivos.

¿Cómo veremos desde ahora al Ávila? ¿Cómo podremos reconocer en sus lomas al antiguo amigo? ¿Cómo olvidar que desde allí bajó la muerte?

20

El muchacho cuenta que un oficial lo amenazó al subir al helicóptero: "Si traes los perros, los lanzo desde el aire". No creo que mintiese, hasta no hace muchos años, antes de pretenderse guardianes de la pureza y de la dignidad, los militares lanzaban gente.

Horas atrás supe que una amiga periodista había ido junto con un grupo de voluntarios hasta La Guaira. Ahora que ya han finalizado

los rescates de las personas, están recogiendo los perros abandonados y los montan en un barco. Perros de colores sepias y costillas cortantes. Perros con ojos de miedo.

Llamar esta noche a mi amiga por teléfono. Ir un momento a su casa. Abrazarla. Que te abracen estas palabras, Liseth. Que te abracen.

21

¿Y qué dijo Bachelard del agua desatada, del agua tormentosa, del agua en movimiento, del agua devoradora, del agua fuego?

22

Días después mi tía comenta: "Este país hay que contarlo. Si no, lo contarán sólo ellos". Pienso que el tiempo es flexible como una caña: veo dos soldados avanzando en la calle. Otros iguales a estos, cuando la rebelión de 1989, para salvarnos disparaban a los edificios donde vivíamos.

Nota indigesta del día: a las 50.000 almas que envolvió el agua se les quiere convertir en mártires del Nuevo Ideal Bolivariano.

Rayo estas notas. Tengo la tentación de revisar un ensayo de Jung sobre la tragedia, pero con sólo caminar cerca de casa descubro que el horror se escribe a sí mismo; que el horror es una voz que habla desde días atrás.

El olor. Ese olor. Olor cerrado; pastoso; olor de nueces amargas.

Dejo de escribir. Las palabras nos sueñan en medio de la desolación.

Un perro hunde su hocico en el barro; lame una mano huesuda, intenta halarla.

Diciembre 1999